

IN MEMORIAM. JOSÉ TUDELA ARANDA, GENTE QUE CONSTRUYE UN PAÍS

Manuel ALBA NAVARRO
Letrado de las Cortes Generales
<https://orcid.org/0000-0002-8178-0226>

Los países, los Estados, son un producto evidente de los aciertos y errores de sus ciudadanías. También, claro está, de las decisiones brillantes y de los despropósitos de sus gobernantes. Sucede en todos los casos, pero basta con remitirse al Reino Unido y al episodio del brexit para saber a qué me refiero.

Existe, no obstante, otro factor que a menudo pasa más desapercibido y es, sin embargo, capital para entender por qué los países pueden avanzar o al menos no retroceder demasiado, o no hacerlo sin luchar. Me refiero a aquellas personas excepcionales que desde su puesto en la vida y mediante su desempeño ponen todo su esfuerzo y valor en colaborar a construir un país. Es, me consta, un porcentaje limitado de la población. Tan limitado como imprescindible.

José Tudela Aranda, Pepe Tudela, ha sido, sin ningún género de dudas, una de ellas. Los que hemos tenido la fortuna y el privilegio de conocerlo podemos felicitarlos por ello.

Nacido en Madrid en 1962 y afincado en Zaragoza desde 1986, por edad y generación, Pepe Tudela pudo ser testigo en su adolescencia y juventud de lo que significó la Transición española. De ahí su militancia en el grupo de convencidos a ultranza (entre los que me cuento) del significado fundacional y transformador de nuestra Constitución. Y de ahí también la defensa de los valores e instituciones constitucionales como elemento existencial de la trayectoria de Pepe.

Autor de un gran número de trabajos sobre distintas materias, tanto en libros individuales como en publicaciones colectivas y de otras tantas coordinaciones de obras plurales, Tudela nos dejó un legado intelectual que habla por sí solo. En esta semblanza quiero destacar

tres aspectos de su obra, no solo de la publicada, que justifican a mi entender la condición de constructor de país.

La primera de estas líneas se centra en las preocupaciones intelectuales que atraviesan sus publicaciones. Advierto desde el inicio que todas ellas están hondamente enraizadas en su propia trayectoria profesional y, más aún, en sus inquietudes como ciudadano.

Una primera constante es el interés en el Parlamento como institución central de un sistema democrático. Pepe, que tenía la indudable ventaja de vivirlo profesionalmente desde dentro, es uno de los mejores expertos y analistas de la institución parlamentaria que he podido conocer. Y, simplemente por razones de edad, son muchos. Su libro *El Parlamento en tiempos críticos: nuevos y viejos tiempos del Parlamento*, publicado en 2020, es un certero análisis de las transformaciones sufridas, así como de los males que aquejan a las Cámaras. Como sucede siempre en la obra de Pepe Tudela, se acompaña de propuestas de mejora y regeneración. Del mismo modo, es inexcusable la relectura de su artículo de 2010 «La Administración parlamentaria en la encrucijada de la renovación». Es cierto que este conocimiento interno de la vida del Parlamento le facilitaba a Pepe un análisis lúcido; pero doy fe de que esta correlación dista mucho de ser un axioma indiscutible.

Una segunda línea que aparece en su trayectoria intelectual es su preocupación por la articulación territorial del Estado, de España en particular, pero no solo. Me permito presumir, sin base científica alguna, que su «nacionalidad» aragonesa, adquirida tanto *more uxorio* como por prescripción, le predispuso para tener una visión mucho más ponderada y lúcida que la que se estila en ese Madrid que le vio nacer. Su libro sobre *El fracasado éxito del Estado autonómico*, publicado en 2016, es un magnífico ejemplo de sus preocupaciones. La propia fecha de su edición en aquellos turbulentos años de ebullición territorial demuestra también el sentido de la oportunidad de Pepe Tudela. Oportunidad, que no oportunismo, puesto que una obra como esa ni se improvisa ni su altura de miras y rigor intelectual se compadecen con las peleas inmisericordes en las que se enfrascaban quienes tan a gusto se sentían en ambas trincheras. Su perspectiva de la diversidad en la unidad ofrece un acabado ejemplo de cómo desmontar con elegancia intelectual, rigurosidad jurídica y racionalidad política determinados

mitos. Llamo señaladamente la atención sobre su artículo de 2016 «El derecho a decidir y el principio democrático». Sería muy deseable que no tuviéramos que volver a él con la angustia y preocupación de aquellos tiempos. Pero ahí queda por si fuera necesario.

Finalmente, la tercera de las vertientes que asoman reiteradamente en la obra intelectual de Tudela es su preocupación por la calidad democrática y la pervivencia del Estado de derecho. Una vez más, en esta materia aunaba su condición de jurista riguroso y ciudadano ejemplar. Ya en 2018 coordinó el «Libro Blanco sobre la calidad democrática en España». Es posible que su decepción con el transcurrir de los acontecimientos le llevara –felizmente, me permito añadir– a seguir profundizando en la cuestión, para terminar ofreciéndonos en 2025 su última obra: *En defensa del Estado de Derecho*. Este trabajo, objeto de numerosas y concurridas presentaciones, condensa lo mejor del trabajo de Pepe Tudela, especialmente dotado para trabajar sobre la realidad concreta del país y, a partir de ahí, destilar un precipitado teórico de altura, que detecta y señala riesgos y amenazas, pero también aporta soluciones.

En todos y cada uno de los aspectos abordados hay un rasgo común: Tudela era una persona de espíritu liberal y firmemente democrático, muy capaz, por ello, de rebelarse contra ideas o actos dirigidos a atacar la Constitución o el Estado de derecho. Pero, a diferencia de esa multitud frecuentemente indocumentada que se siente satisfecha con su mera indignación, Pepe Tudela escribía y actuaba siempre desde un espíritu analítico, constructivo y propositivo. Detectando errores, sesgos y equivocaciones, sí, pero ofreciendo soluciones y propuestas alternativas desde el debate libre. Y con una renuncia consciente a la descalificación y evitando el llamamiento a las trincheras.

El 6 de mayo de 2001, ETA asesinó en Zaragoza a Manuel Giménez Abad, presidente del Partido Popular de Aragón, letrado de las Cortes de esa comunidad y gran amigo de Tudela. El 18 de abril de 2002 se constituyó en esa ciudad la Fundación Manuel Giménez Abad de Estudios Parlamentarios y del Estado Autonómico, con la participación destacada y principal de las Cortes de Aragón y la colaboración de otras instituciones públicas y privadas.

Como sucede en tantas ocasiones en la vida, momentos y situaciones terribles alumbran, de manera inesperada, realidades

esplendorosas. Al acierto inicial de decidir su creación, los socios fundadores añadieron uno aún más importante: nombrar a Pepe Tudela como secretario general. Pepe, clarividente siempre, atinó desde un primer momento en el diseño de los fines, objetivos y tareas de la Fundación. Le dio su impronta, y con su espíritu genuinamente emprendedor, inclusivo, abierto y dialogante reunió en torno a la misma a lo mejor del país, con ideas precisas sobre lo que quería que la FGA fuese. En una España donde la polaridad Madrid-Barcelona es muy anterior a la infausta polarización política y mediática que nos azota, Tudela consiguió situar Aragón y Zaragoza en el mismo centro del debate intelectual, jurídico y político. Nada de lo realmente importante en su ámbito específico de actuación ha dejado de pasar por la Aljafería desde 2002.

Pepe tejió un entramado de lazos intelectuales y personales imposible de imaginar para aquellos que no le conocían. El resultado ha sido que la FGA sea hoy en día una realidad insustituible en el quehacer del pensamiento en España. Tiempos hubo, todo hay que decirlo, en los que tuvo que resistir desaires y contratiempos que amenazaron a la Fundación. Tudela fue capaz de sortear y resistir estas circunstancias atado al mástil de la pujante embarcación que había creado. Hoy, felizmente, la nave surca el mar intelectual a toda vela. Casi veinticinco años después de su creación, la FGA es una institución que ha desbordado ampliamente lo que en su origen pudo intuirse. Es probable que Pepe lo tuviera en su cabeza; pero sería el único. Desde fuera es impresionante constatar cómo con reducidos medios se pudo crear semejante red de reflexión, de pensamiento, de participación y de colaboración entre las mejores gentes del derecho, la ciencia política, la sociología, el periodismo y tantas otras vertientes de la intelectualidad patria y foránea. Con toda mi admiración y respeto y sin pretender herir ninguna sensibilidad, debo afirmar que la FGA es hoy en día una institución con una importancia y prestigio desproporcionados respecto a sus orígenes, recursos, expectativas y, por qué no decirlo, desde un emplazamiento complicado para un país territorialmente llamado a la bipolaridad. La Fundación resiste con solvencia y suficiencia la comparación con otras instituciones análogas, la mayoría dotadas con recursos infinitamente más poderosos.

Esta realidad es producto del trabajo comprometido y solidario de un equipo convencido de la causa y realmente extraordinario. Pero –conviene destacarlo– la figura de un fundador es básica en la creación de una obra nueva, y la inteligencia y el liderazgo de Pepe Tudela consolidaron una magna tarea que constituye un reto comprometido para sus continuadores. Estar a la altura no va a ser fácil. A su favor cuentan con que decirle que no a la FGA es algo que Pepe convirtió en prácticamente imposible.

Asistimos estos días a actuaciones políticas excéntricas que dañan la vinculación entre España y Latinoamérica. Desde un desconocimiento aterrador de la historia común y separada, desde una ignorancia extrema de la sensibilidad de sus ciudadanías y de la realidad política de países diferentes, se exhiben y publicitan en modo *show time* actitudes que no dejan de asombrar a cualquier ciudadano que no haya perdido la razón. Por fortuna, existen antidotos de éxito comprobado para semejantes desvaríos. Un ejemplo de ellos son las actividades desplegadas por Tudela en Latinoamérica. Pepe comenzó su acercamiento a Uruguay a principios de los años 2000, y lo que hizo fue exactamente lo que se debe hacer: conocer en profundidad la realidad y la historia del país; entender a su gente; escucharla; descubrir aquellos aspectos en los que la Fundación podía ser de ayuda; y aprender de lo que el país enseñaba, que era mucho.

Con estas premisas, además de con su don de gentes y su inteligencia, tejió una red indestructible, cada vez más amplia, de apoyos y compromisos que funcionaron con precisión admirable.

Después de diversos actos iniciales, en diciembre de 2004 comenzó un proyecto de éxito consolidado en sucesivos acuerdos y convenios, a los que se incorporó también el Congreso de los Diputados de España, para trabajar en materias de modernización parlamentaria y descentralización. Finalmente, en febrero de 2008 se constituyó la Escuela de Gobierno, semillero de ideas, convivencia y reflexión para destacados sectores emergentes de la sociedad uruguaya. Como era inexcusable en un país de la seriedad y rigor democrático de Uruguay, su articulación se basó en la máxima exigencia académica y científica. Y presidido, en todo caso, por el carácter más inclusivo y multipartidario en su funcionamiento. ¡Cuántas cosas se deberían

aprender de Pepe Tudela! ¡Cuántas de Uruguay! De esta manera, en el país de El Pepe apareció otro Pepe, muy querido también.

Dicho sea de paso, la FGA contribuyó a poner La Puebla de Albortón, lugar de origen de los ancestros del prócer Artigas, en el mapa del turismo político uruguayo. Sin pretensión de «obtener retornos» o de «monetizar» los recursos. Simple y llanamente con inteligencia política y emocional.

El indiscutible éxito de Tudela y la FGA no escaparon del radar de otros países. Así, se firmaron acuerdos similares con Ecuador, en 2011; Honduras, en 2012; Paraguay, en 2016; y finalmente con el Parlamento Latinoamericano, en 2023 y 2024. Sin olvidar la profunda y prolongada relación de la FGA con el Congreso de la Unión de México.

España y Latinoamérica son dos realidades unidas desde hace muchos siglos por la historia, por una lengua común y por una constante circulación de personas y familias a uno y otro lado del océano. Las personas como Tudela lo entendieron perfectamente y tuvieron un éxito enorme en explotar todas las potencialidades que la relación entre pueblos y gentes pueden aportar cuando el sentido común y la inteligencia guían las actuaciones. Quien pueda aprender, que aprenda.

Hasta aquí, una semblanza del Pepe Tudela constructor de país, equilibrado, racional, tan lleno de sensatez como de entusiasmo para conseguir el éxito en sus proyectos.

La pasión no necesariamente racional la reservaba para otros menesteres. Compartir con él la afición –¿desmedida?– por el Real Madrid me permitió facilitarle entradas para asistir juntos con Pilar a la final de la Champions League que se disputó en Lisboa el 24 de mayo de 2014. Cada vez que llega el minuto 93 siento el profundo y emocionado abrazo de Pepe ante la mirada sonriente de Pilar. De la cena posterior no comentaré nada.

¡Fuimos felices, Pepe!